

Recuerdo de César Moro

por

Luis Enrique Délano

Cuando leí en *Anales de la Universidad de Chile* (Nº 134) la nota de Pedro Lastra acerca de los métodos literarios de Mario Vargas Llosa, en la que nuestro joven y acucioso crítico muestra con dos ejemplos —un artículo y un trozo de la novela *La ciudad y los perros*— cómo el escritor peruano transmuta la realidad para convertirla en obra artística, tengo que confesar que todo se me esfumó de pronto, que dejé de pensar en métodos literarios, con mi pensamiento clavado en un hecho humano que me cupo descubrir en el escrito de Lastra: los últimos días del poeta César Moro, cuya amistad cultivé larga y sostenidamente en otro tiempo. En 1956 recibí la noticia de su muerte, causada por una dolorosa enfermedad, la leucemia, pero nunca conocí detalles de sus últimos años. Vine a tenerlos precisamente ahora, a través de los dos trozos citados en la nota de Lastra: el artículo de Vargas Llosa, publicado en 1958, y las páginas de *La ciudad y los perros*, donde tras el nombre del profesor Fontana se esconde el poeta César Moro.

De modo que era eso, que durante sus últimos años Moro había estado haciendo clases de francés en el Colegio Leoncio Prado, una especie de escuela militarizada para incorregibles, para alumnos como “el serrano”, como todos esos que Vargas Llosa pinta con su reconocida maestría. ¡Pobre, desdichado Moro, en manos de los desalmados de esa escuela penitenciaria, que se complacían en torturarlo cada día! La verdad, es un destino incoherente si pensamos que se trataba de un ser de alta y acusada sensibilidad.

Lo conocí en Lima, de paso yo para Europa, y recuerdo nuestro peregrinar por los bares de El Callao, echándonos al cuerpo en cada uno de ellos un vaso de pisco. Luego fuimos a Lima, visitamos en la Escuela de Bellas Artes al pintor José Sabogal, y hablamos, hablamos largamente sobre algunas gentes peruanas, sobre el poeta José María Eguren, que aún vivía, sobre los apristas, que le merecían a Moro tremendo repudio. En su casa conocí a su madre, vi sus libros, casi todos en francés, algunas pinturas suyas y un retrato muy realista del propio Moro hecho por su hermano, el pintor Quizpezasín. (Porque, naturalmente, lo de César Moro era un pseudónimo adoptado unos años antes, cuando vivía una bohemia

casi adolescente en París. Moro se llamaba Alfredo Quizpezasín). Ya por entonces había bebido en las fuentes del surrealismo francés y practicaba indistintamente la poesía y la pintura. Todavía recuerdo cuadros suyos, como cierta *gouache* titulada *Piéton*, que años más tarde exhibió en la Exposición Surrealista de México (1940), de la que fue uno de los principales organizadores. Surrealista ortodoxo, de la escuela de Breton e íntimamente relacionado con la plana mayor parisiense, ni siquiera le faltaban los ribetes del trotskismo que por aquellos días mostraban los adeptos. Su nombre apareció en distintas publicaciones de los surrealistas franceses, entre las que recuerdo el *Hommage a Violette Nozière*, el panegírico de una muchacha que asesinó a su padre y a su madre. Era la época en que no se desdénaba *épater les bourgeois*.

Volví a encontrarlo en México, en 1940, y durante varios años nos veíamos un par de veces por semana. Entonces pude conocerlo mejor, no sólo como artista, sino en su complejidad humana y sus profundas contradicciones internas. ¡Es como para llorar el solo pensamiento de que un tipo como Moro, un anarquista recalcitrante y terrible, que no creía en nada sino en la poesía, tuviera que terminar sus días enseñando francés a los incorregibles del Colegio Leoncio Prado! Odiaba el mundo, las dificultades de la vida, a la sociedad burguesa, a los políticos y hasta a los artistas. Tales eran su desencanto y su pesimismo que ni siquiera luchaba para intentar transformar una sociedad cuya injusticia a menudo ponía de relieve. Se sentía extranjero en Perú, donde había nacido, y en América, y añoraba el París de la adolescencia, adonde no podía volver debido a sus limitaciones económicas. Eran además, los años de la Segunda Guerra Mundial, y más que ir a París, la gente pensaba en salir de allí. Lo había hecho, por ejemplo, el poeta surrealista Benjamin Péret, a quien solía ver los domingos comprando objetos inútiles, pero llenos de sugerencias, en el mercado de segunda mano de La Lagunilla. Un pequeño núcleo surrealista funcionaba en México, puesto que vivían allí varios pintores de esa tendencia: Leonora Carrington, Frida Khalo (que años más tarde abjuró del surrealismo), Wolfgang Paalen y su esposa Alice, Esteban Francés y otros.

Bajo de estatura, con el cabello rubio ondulado, los ojos grandes, claros y acuosos, César Moro miraba pasar la vida con su aire tan pesimista. A veces solía encontrarlo en el Café París, de la Avenida Cinco de Mayo, donde había dos o tres tertulias literarias. *Si je veux dormir une tonne d'étoiles éclate*, dice en un poema del libro que publicó en México, en 1943, *Le chateau de grisou*, y en ese verso parece contenerse muchísimo de su sentimiento determinista y oscuro. Moro, naturalmente, escribía en francés, aunque su lengua materna fuera el español, y yo diría que pintaba también en francés. En sus dibujos y en sus *gouaches* no había nada americano, nada de esa cosa profunda que creó su país en otras edades, nada de la piedra dura y perdurable de Macchu-Picchu. En su poesía sólo se hallan cosas abstractas y desoladas, elementos oscuros, olvidados y desiertos:

*Pas un doigt ne se lève sans que l'amertume ne découle
Larme à larme dans un monde d'oubli
Sans que 'oeil nuit par nuit ne ferme ses portes à l'amour
Sans qu'une fausse ivresse décourageante n'ouvre sa blessure
Sans qu'un fil ne se brise à tout jamais.*

Era difícil para Moro encontrar un trabajo y mucho más aún conservarlo, precisamente porque, descontentadas su poesía y su pintura, no creía en nada de lo que hacía. Lo recuerdo detrás del mesón de una librería de la Avenida San Juan de Letrán, vendiendo libros que no le importaban a gentes a quienes miraba con atroz indiferencia. Desdeñaba esos libros y a los ingenuos compradores. A menudo les recomendaba ir a buscar sus libros en la librería rival de enfrente.

Poco antes de abandonar México lo vi un día en la calle, arrastrando de una trailla a su perro de raza dashhund. Años después recibí dos o tres números de una revista que se publicó en Lima, *Las Moradas*, en cuya redacción participaba, con Westphalen y otros artistas. Supe también que se ganaba la vida trabajando en la biblioteca de... un manicomio. Para tratarlo, la vida adoptaba sin duda cierto aire surrealista.

Lo que nunca supe hasta ahora, hasta leer la nota de Lastra en los *Anales*, fue que la vida, ya más sádica que surrealista, le jugó la mala pasada de conducirlo a ese terrible Colegio Leoncio Prado, a dar clases de francés a un grupo de salvajes incorregibles. Es demasiado. ¡Demasiado brutal! Pero emociona saber que siempre conservó la dignidad humana, que no transigió, que prefirió tragarse el malhumor, la amargura y las lágrimas antes que apelar a la fuerza y a la autoridad, conceptos que repudiaba desde lo más hondo de sí mismo.

